

# EVOCACION

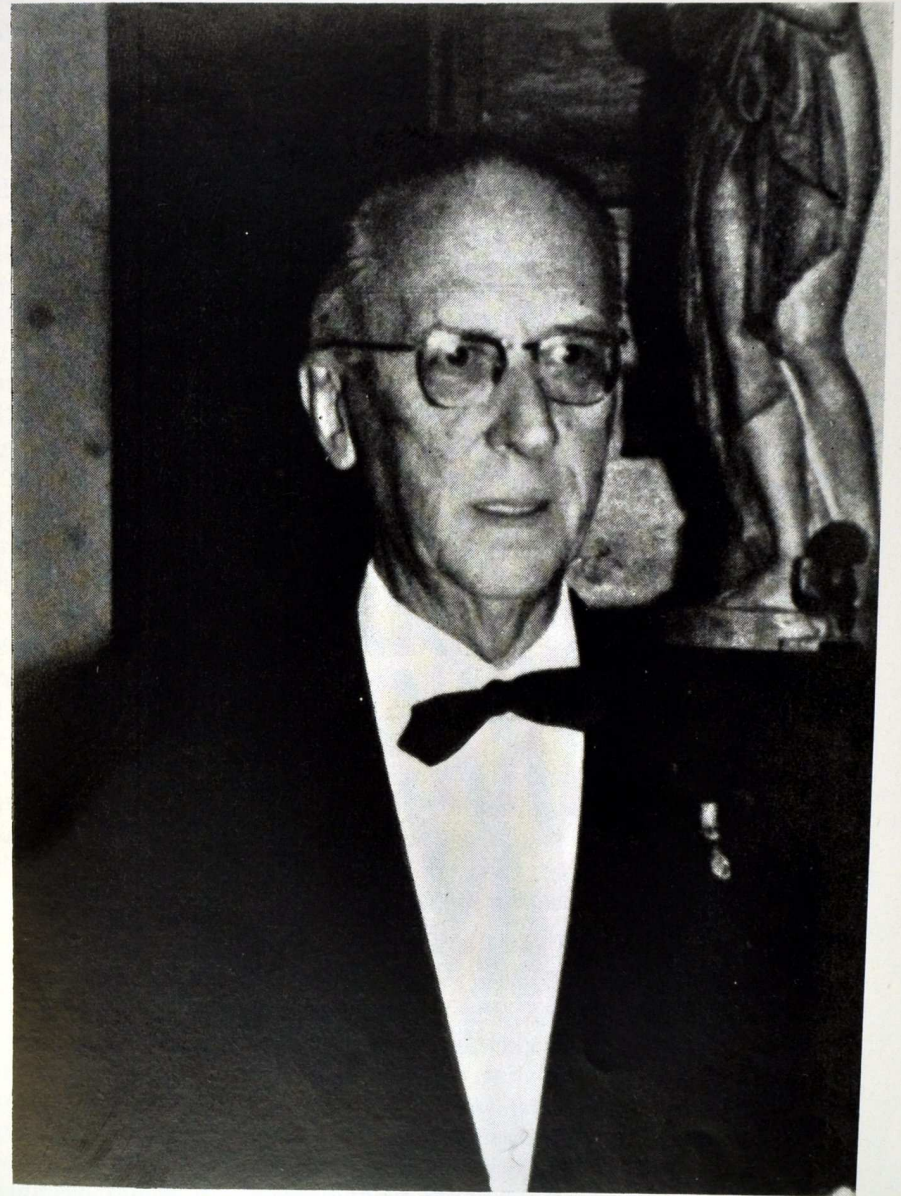
de

## Miguel Muñoz de San Pedro

### Conde de Canilleros

**M** O sé que gracia le ha encontrado Juan Ignacio Luca de Tena a escribir un libro sobre sus amigos muertos. Hasta que las volvamos a ver en la otra orilla de la laguna Estigia, la evocación de las personas queridas y desaparecidas es bien triste. Es bien doloroso, pues su recuerdo y su falta nos acompañan hasta que los veamos de nuevo al otro lado del muro de esta vida terrena eterna. Extremadura y España han perdido un gran escritor y erudito. Yo he quedado huérfano de un amigo cordial y perfecto, y para mi es bien grave. Mas dejémonos de egolatrías y evoquemos la figura de Miguel Muñoz de San Pedro e Higuero Torres-Cabrera y Cotrina, Conde de Canilleros y de San Miguel.

Hace catorce años llevado de mi amor a las cosas extremeñas fui por vez primera a Llerena, solar de mis mayores los Figueroas. Allí enseguida me puse en contacto con el gran José Lepe de la Cámara, poeta y erudito entre sevillano y llerenense, afincado en Llerena (patria de su madre) desde hace muchos años y conocedor como nadie de esa ciudad. Hurgué por archivos y papelorios y cuando iba a emprender el viaje de regreso a Madrid que es mi pueblo, pregunté a Pepe Lepe quiénes eran las personas que más sabían de Extremadura. «Rodríguez-Moñino y Canilleros», fue su respuesta. De Canilleros había oído hablar, pues yo trataba de siempre a varias familias de Cáceres, los Roda López-Montenegro, Campo-Giro, Silos, Ulloa; de Moñino en mi ignorancia juvenil ni noticia. Escribí a Moñino a su casa de Núñez de Arce, y tras enterarse por mi pariente Aline Quintanilla de quien era yo, me citó en su tertulia. Y con veintidós años asistí por vez



Una de las últimas fotografías del Conde de Canilleros

primera a la Tertulia del café Lyon matritense. Allí conocí a mucha gente interesante. Canilleros, José María de Cossio, Martínez-Barbeito, Ramón Solís, y el gran Don Antonio Rodríguez-Moñino. A Moñino le admiré y le respeté, y le quise mucho, pero fue con Miguel con el que hice mejores migas, pues compartía con un servidor de nadie la deliciosa manía de los estudios genealógicos. La Genealogía es una sabrosa ciencia con cuyo cultivo se pasan muy buenos ratos y no se hace mal a nadie. Miguel y yo trepando como monos por las ramas del árbol familiar en seguida resultamos parientes por los Paredes, por los Orellana y hasta por los Muñoz de San Pedro, apellido riojano pasado a Cáceres en los comienzos del siglo XIX y que yo también llevo pues sabido es que entre la Tierra de Cameros y la Baja Extremadura, mi Llerena en concreto, hubo por el aquél de la trashumancia de merinas grandes relaciones desde siglos.

Con gran ilusión visité ya hace once años el palacio de Ovando, su residencia cacereña. Mientras Canilleros que había estado leyendo y escribiendo todo el día, jugaba a las damas y al tute con sus confertulios nocherniegos, yo rascaba con ahinco y placer casi lujurioso los papeles de su archivo. Gocé como un poseso entre sus legajos sabrosos de noticias arcanas y de recónditos datejos. Y en los libros de su idónea biblioteca me aficioné de paso a esa continuación de la Historia de Extremadura que es la Historia de América. Raúl Porrás de Barrenechea el gran historiador peruano decía que Miguel Canilleros y él eran las dos únicas personas del mundo que hablaban de los hermanos Pizarro como si fueran parientes y amigos de toda la vida de los famosos conquistadores. Estoy seguro de que Miguel sabía cosas de Hernando Pizarro, del rebelde Gonzalo, y del gran marqués Don Francisco, que ellos mismos en su ajetreada vida habrían olvidado.

Ahora Canilleros en el cielo puntualizará detalles de sus hazañas con esos amigos y deudos suyos que doblaron el cabo de las Tormentas de esta vida cisceleste en los lejanos años de la España áurea.

¡Qué gran enamorado de Extremadura era Miguel! Extremadura que hasta pocos años atrás era ignota y tenía mala prensa, debe a Canilleros su auge turístico y su proyección al exterior en grandísima parte. Todos los que amamos Extremadura debemos de agradecerle y los comineros y mezquinos que le cicatearon la gloria a Miguel en vida esperemos que se arrepientan ahora que ya no les hace sombra con su grandeza de alma y su sabiduría ciclópea.

A Canilleros lo que no fuera Extremadura le interesaba mucho menos y yo diría que casi nada. Su amor a la Tierra en donde nacían

los Dioses era apasionado y excluyente, como es el amor auténtico; que el que no es así es tibieza laxa y no llama de amor viva.

¡Qué generosidad la de Miguel en proporcionar noticias, en abrir sus archivos a los investigadores, en contestar cartas con las preguntas más impertinentes y exquisitas! Y como todo gran hombre de verdad, Miguel era humilde y casi, y sin casi, tímido.

¡Qué gran planta de hidalgo la suya, qué aldeanismo sublimado,— que eso es la nobleza en su ademán! Nunca habla mal de nadie él que entendía de tantas cosas. Se sabía envidiado y hasta odiado, pero nunca pagó la cicatería con la cicatería por que no podía pagar la idiotez con la idiocia, pues era muy inteligente.

¡Y qué amor a su tierra, repito! Al oírle hablar con arrebatado de Extremadura me daba mucha rabia haber nacido en Madrid, cosa vulgarísima y en una aséptica clínica y no en una casa solariega de entre Tajo y Guadiana.

Pero los míos salieron como tantos machos extremeños a triunfar en Francia y en los madriles hace más de siglo y medio, y mi arraigo a Extremadura, para mi desgracia es erudito, pero no por eso menos vívido, telúrico y verdad.

Y hablemos de una faceta de Canilleros menos conocida, la de hombre de teatro. Yo he leído en su casa de Cáceres manuscritos de muchas comedias suyas excelentes. Tan excelentes que llegaron a emocionarme sólo leídas sin verlas representadas. Creo que Miguel sólo llegó a estrenar en funciones de aficionados. Es una pena, pues tenía oficio teatral y sentido dramático. Y que uno lo diga tiene su mérito, pues odio el teatro, y para soportarlo tiene que ser a base de Lope, Rojas, Sartre... o Muñoz Seca. El resto no lo aguanto pues el teatro es mucho menos literario que el cine y que la novela.

La prosa de Miguel Muñoz de San Pedro es inconfundible, y eso quiere decir que escribía bien y con estilo personal. Hoy casi todo el mundo escribe igual de mal y salvo Paco Umbral, Pedro de Lorenzo y pocos más da igual leer a Pérez que a López, pues todos imitan a los mismos franceses, a los mismos yanquis o a los mismos guacamayos, tan traídos, llevados y exitosos.

En los finales de sus capítulos, siempre una llamarada poética, y luego ciertas palabras clave, como «sector», «destaque», Cáceres. A uno le da por la palabra sublime a la que encontré preciosa desde la lactancia y la inserto aunque sea para disertar sobre la construcción de un grupo de viviendas en el poblado de absorción de la UVA.

Miguel era además un gran recitador y un buen poeta. Poeta de los que se entiende lo que dicen, pues esos poetas que se expresan en jerga

solo inteligible para ellos, que se vayan al averno a hacer compañía al peor Góngora, a don Esteban Mallarmé y a otros aun vivos e igualmente cabalísticos. A Lope que no era mal poeta le recitaban hasta los campesinos analfabetos. Y lo mismo a Espronceda o a Bernardo López García, el del inevitable Dos de Mayo. A los poetas de hoy sólo les conocen los poetas y los inefables hispanistas. Es una pena perder clientela todo por alambicar demasiado el lenguaje. No es fácil quizá expresar un concepto elevado y sensitivo, pero si hay que lograr la claridad hasta en lo difícil y sutil

Si, Miguel, era un buen poeta, quizá anclado en el Modernismo, que ya es un tanto arcaico y nada moderno, pero imperecedero.

Canilleros era también un gran conversador de alegre fábula, sin acritud, pero de gran amenidad. ¡Si tendría buen carácter que jamás discutió conmigo!

Miguel era brillante cuando quería y estaba con personas de su gusto; si no, hablaba poco o nada. De gran honradez intelectual cuando se trataban temas no dominados por él, escuchaba con atención y aprendía, él, profundo sabedor de tantas cosas.

Archivo viviente, no hay IBM intelectual capaz de repentizar y arrojar fichas eruditas con la rapidez y precisión de Miguel Canilleros. En eso estaban a la par Antonio Rodríguez - Moñino y Miguel Muñoz de San Pedro. De Historia de Extremadura y de la Conquista de América nadie hay ahora que sepa lo que Miguel. De Historia de la Literatura española, nadie como Moñino. Mucho me alegraría llegar a conocer a alguien que de esos amplísimos temas tuviera más conocimiento que mis dos queridos y desaparecidos amigos, pero creo que moriré sin verlo. Si alcanzara a tratar a persona tal, creería en el progreso de la ciencia. Y para mi el mito del progreso indefinido es eso, el mito del progreso indefinido. ¡Cuántas sabrosas anécdotas de la pequeña Historia sabía Miguel y qué bien las contaba! Tenía gran sentido del humor, necesario para patear por esta vida sin hacerse mala sangre. Esta vida es una broma algo pesada que nos gasta Dios para probarnos, y el que no la toma con filosófico sentido del humor se va al infierno por amargado. Rencores e inquinas no cabían en el alma generosa de Miguel, que estaba un poco por encima del bien y del mal, como los dioses del Olimpo que se lo pasaban tan rebién.

Tuve suerte en no ver a Canilleros en su última enfermedad, prefiero conservar el recuerdo de su lozania mental y de su rapidez en el racinio. Su postrer dolencia se lo llevó a velocidad de relámpago y así ha muerto con las botas puestas de la ciencia y de la su vigencia como

escritor. Precisamente uno de estos días se cumplen los cincuenta años de la aparición del primer artículo de Miguel Muñoz de San Pedro.

Miguel Muñoz de San Pedro e Higuero, Torres - Cabrera y Cotrina, Mayoralgo, Yáñez-Jabato, González de la Laguna, Ortiz, Flores de Lizaur, Mogollón, Mayoralgo, Dominguez, Ovando, Mateos, Rodríguez de León, Ortiz, Montenegro, Chaves, Gómez-Bravo, Mayoral, Vera de Aragón, Alcántara, Cañedo, Ortiz, Cabrera-Meneses, Flores, Ovando, Sánchez de Badajoz, Porres, Sanguino, Torres, Solis, Mendoza, Golfín, Bravo, Adorno, Varona, Carvajal, Pereda, Fernández de Córdoba, Topete y Fajardo, Conde de Canilleros y de San Miguel, era un gran señor, un hidalgo, y en nuestros días, que no hay más que burgueses ávidos y ramplones hacen falta más que nunca hidalgos si no queremos que esto que llamamos Civilización Occidental se convierta en una horrible termitera marabúntica.

Canilleros era hombre de consejo. Me dio muchos y buenos, que yo nunca seguí, pues los únicos que seguiría son de administración y éstos se niegan a afluir en mi agitada y a veces disparatada vividura.

Siempre mesurado, sosegado, jamás de su boca salió, al menos en mi presencia, una palabra agria o un rotundo taco. Y hoy sueltan tacos hasta las más delicadas damiselas, cosa desagradable y que no tiene maldita la gracia. Ya está mal el palabroteo en los varones, pero en las mujeres suena a música dodecafónica.

El último Congreso de Estudios Extremeños y los anteriores se deben, y todos lo debemos en primordial parte al entusiasmo inagotable de Miguel.

Dios nos lo dio, y Dios nos lo quitó. El que escribe derecho con renglones torcidos.

Algún día en un célico Café Lyon volveré a tertuliar con el Conde de Canilleros de hazañas de los Pizarros y Corteses, o de bodas sonadas de lontanos abuelos que nos precedieron en el último viaje terrenal; y que ese día llegue, pero, sin poner coto a la misericordia divina, que sea lo más tarde posible.

Esta vida de acá es dura y agridulce como la cocina china, pero nadie muere del todo mientras no es huésped del olvido, decía mi también mi llorado maestro César González-Ruano. Tú querido Miguel no serás nunca huésped del olvido. En el corazón de los que te conocimos dejaste huella indeleble por tu señorío, tu ciencia y bondad.

Hasta siempre Miguel, hasta luego.

Alfonso de FIGUEROA Y MELGAR  
Duque de Tovar

## Campeador extremeño

*En memoria de Miguel Muñoz de San Pedro,  
Conde de Canilleros, Primogénito de la Extremadura.*

De hidalga dimensión, viejos blasones  
sencilla la figura y la manera,  
Miguel Muñoz de Extremadura era  
y a Extremadura daba dimensiones.

Por ella alzó mesnadas y guiones  
y la ensoñó vertida y sin frontera  
porque hoy fuera, Señor, como ayer fuera:  
paridora de stirpes y naciones.

Ya no es tiempo del yelmo y la armadura  
pero aun queda camino a la cruzada  
y él sigue ilusionado la aventura

—con la voz y la pluma por espada—,  
paladín de la vieja Extremadura,  
a corazón abierto y sin celada.

José CANAL

Cáceres, Abril 1972.